



CLÁSICOS UNIVERSALES

Franz Kafka

La metamorfosis y otros relatos

Edición de
Eustaquio Barjau

Vicens Vives

CLÁSICOS UNIVERSALES

Clásicos Universales

DIRECTOR
Francisco Antón

Franz Kafka

La metamorfosis y otros relatos

Edición, introducción y notas

Eustaquio Barjau

Estudio de la obra

Francisco Antón

Eustaquio Barjau

Traducción

Carmen Gauger

Ilustración

Tino Gatagán



Vicencs Vives

VICENS VIVES - EJEMPLAR DE MUESTRA - PROHIBIDA SU COMERCIALIZACIÓN

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

FRANZ KAFKA	VII
Algunos datos biográficos	VII
Europa en tiempos de Kafka	VIII
Ciudad natal	VIII
Formación	X
Familia, amantes	X
¿Quién fue Franz Kafka?	XII
EL MUNDO VISTO DE OTRA MANERA	XIV
Dos ejemplos	XIV
Individuo-colectividad	XVI
El sentimiento de culpa	XVIII
PARA LEER A KAFKA	XIX
LA METAMORFOSIS	XXI
ANTE LA LEY	XXVI
UN INFORME PARA UNA ACADEMIA	XXVIII
LA CONDENA	XXXI

LA METAMORFOSIS Y OTROS RELATOS

LA METAMORFOSIS	3
ANTE LA LEY	81
UN INFORME PARA UNA ACADEMIA	87
LA CONDENA	103

ESTUDIO DE LA OBRA

DOCUMENTOS	3
ANÁLISIS.	14

Primera edición, 1997
Reimpresiones, 1998, 2001, 2003, 2005, 2007, 2009
2011, 2013, 2014, 2014, 2017, 2019, 2019, 2020
Segunda edición, 2023

DL B 20.621-2022
ISBN: 978-84-682-9321-9
Núm. de Orden V.V.: QO24

Título originales:
Die Verwandlung (1915), *Von dem Gesetz* (1925)
Ein Bericht für eine Akademie (1919), *Das Urteil* (1913)

© EUSTAQUIO BARJAU
Sobre la introducción, notas y estudio de la obra.

© FRANCISCO ANTÓN
Sobre el estudio de la obra.

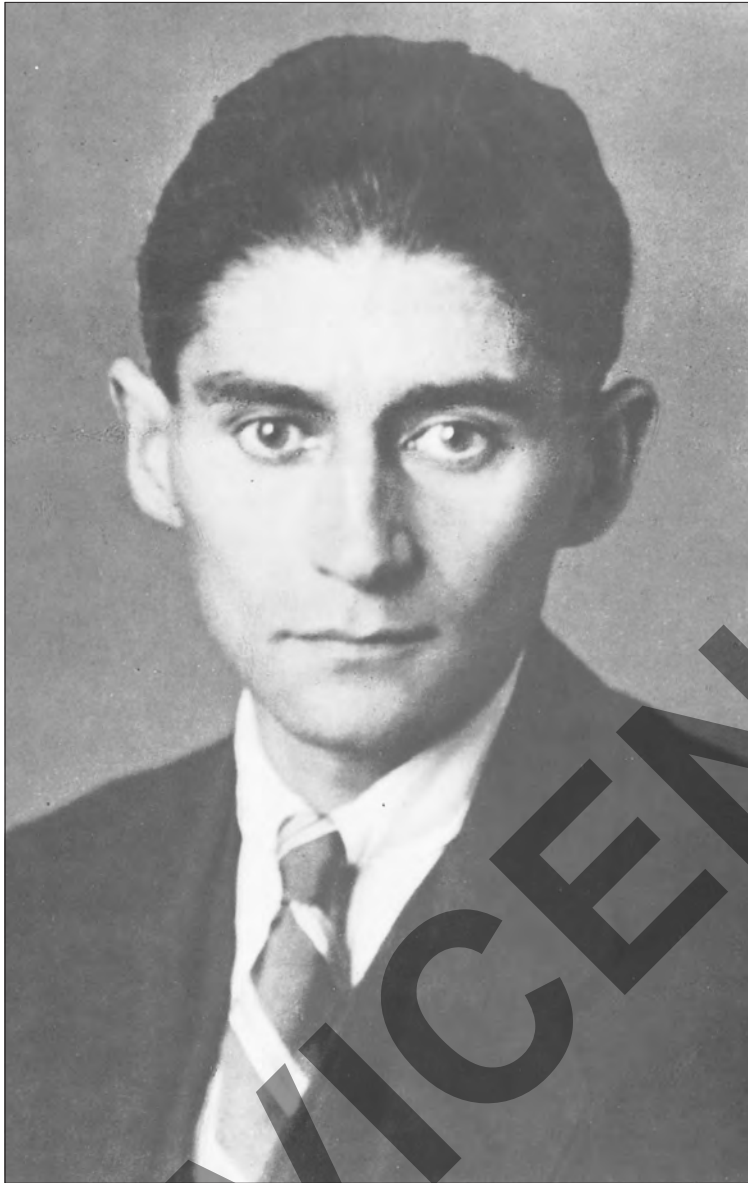
© CARMEN GAUGER
Sobre la traducción.

© TINO GATAGÁN
Sobre las ilustraciones al texto literario. Ilustración de cubierta.

© EDITORIAL VICENS VIVES, S.A.
Sobre la presente edición según el art. 8 del Real Decreto Legislativo 1/1996.

Obra protegida por el RDL 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la normativa vigente que lo modifica. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, incluidos los sistemas electrónicos de almacenaje, de reproducción, así como el tratamiento informático. Reservado a favor del Editor el derecho de préstamo público, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso de este ejemplar.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN.



FRANZ KAFKA (1883-1924)

INTRODUCCIÓN

FRANZ KAFKA

Algunos datos biográficos

Si hubiera que salvar, de una hipotética catástrofe, a un autor de la literatura en lengua alemana del siglo veinte, este debería ser probablemente Franz Kafka, del mismo modo como la literatura en lengua inglesa debería quedarse con Joyce y Francia con Proust.

La vida de este autor transcurre de un modo más bien gris y monótono. No realizó grandes viajes —el que desde 1912 proyectaba hacer a Palestina no pudo convertirse en realidad—; tampoco tuvo grandes encuentros personales: no llegó a conocer a contemporáneos suyos tan importantes como Rilke, Hofmannsthal o Musil. Recluido casi siempre en su ciudad natal, Praga, moviéndose en un ámbito familiar que le resultó siempre agobiante —de la relación conflictiva del autor con su padre ha quedado un famoso documento, la *Carta al padre*—, con pocos apoyos personales —los más importantes los recibió de su amigo Max Brod y de su hermana pequeña, Ottla—, luchando contra la tuberculosis, que hizo su primera aparición en 1917 y terminó con su vida siete años después, asesor jurídico de la Compañía de Seguros de Accidentes Laborales, la vida de Kafka se encuentra lejos de lo heroico y excepcional que con frecuencia se espera de los grandes artistas.

La metamorfosis



I

Cuando Gregor Samsa despertó una mañana, tras agitados sueños, se halló en su cama convertido en un monstruoso insecto. Estaba echado sobre la espalda, dura como una coraza, y, cuando levantaba un poco la cabeza, veía, abombado, pardo, dividido por partes duras en forma de arco, el vientre, a cuya altura la colcha, a punto de resbalar del todo hacia abajo, apenas podía mantenerse. Sus muchas patas, deplorablemente flacas en comparación con el resto de su volumen, le vibraban desvalidas ante los ojos.

«¿Qué me ha sucedido?», pensó. No era un sueño. Su habitación, una verdadera habitación humana, si bien algo pequeña, estaba tranquilamente allí, entre las cuatro paredes bien conocidas. Encima de la mesa, sobre la que se hallaba colocado un muestrario de paños desempaquetados—Samsa era viajante de comercio—, estaba colgada la fotografía que él había recortado hacía poco de una revista ilustrada y había colocado en un bonito marco dorado. Representaba a una señora que, provista de un sombrero de pieles y una boa de pieles,¹ estaba sentada con el cuerpo erguido y presentaba al observador un pesado manguito,²

¹ *boa de pieles*: cuello de piel de boa, en forma de pequeña capa que cubre los hombros y parte de la espalda.

² *manguito*: pieza hecha de piel, en forma de tubo, que utilizaban las señoras para resguardarse las manos del frío.

también de pieles, en el que había desaparecido por entero el antebrazo.

La mirada de Gregor se dirigió entonces hacia la ventana, y el día gris —se oía el golpeteo de las gotas de lluvia contra la chapa del alféizar—³ le llenó de melancolía.

«¿Por qué no sigo durmiendo un poco y me olvido de todas las chaladuras?», pensó. Pero eso era completamente imposible, pues él acostumbraba a dormir sobre el lado derecho, mas en su estado actual no podía lograr tal postura. Por mucha fuerza que hiciese para echarse sobre el lado derecho, siempre retrocedía, con un movimiento oscilatorio, a la posición dorsal. Lo intentó unas cien veces, cerraba los ojos para no ver el agitado movimiento de las patitas y solo desistió cuando empezó a sentir en el costado un dolor, sordo y ligero, nunca sentido hasta entonces.

«¡Dios mío!», pensó, «¡qué fatigoso oficio he elegido!¹ Viajar día tras día. El agobio de trabajo es mucho mayor que en la propia casa central, y además me ha caído encima esta pesadilla de los viajes, la preocupación por las correspondencias de los trenes, la comida, mala y a deshora, unas relaciones humanas siempre cambiantes, nunca duraderas, nunca cordiales. ¡Que se vaya todo al diablo!».

Sintió un leve picor en el vientre; se fue acercando, arrastrándose despacio sobre la espalda, hasta la cabecera de la cama, para poder levantar mejor la cabeza; vio que el sitio donde le picaba estaba cubierto de unos puntitos blancos, que él no fue capaz de explicarse; y quiso tocar el sitio con

³ *alféizar*: parte inferior del corte de un muro en una ventana, que en algunos países nórdicos se protege de las inclemencias del tiempo con una plancha metálica.

¹ En una carta a su prometida Felice de 1 de enero de 1912, Kafka, refiriéndose a su trabajo, dice: «la oficina es un espanto»; en otra, fechada el día 18 del mismo mes, el autor confiesa que se siente «completamente incapaz de salir adelante con la oficina».

una pata, pero la retiró enseguida, pues el contacto le produjo escalofríos. Retrocedió a su primitiva posición.

«Esto de levantarse tan temprano», pensó, «le atonta completamente a uno. El ser humano tiene que dormir. Otros viajantes viven como rajás. Cuando yo, por ejemplo, regreso durante la mañana a la pensión para apuntar los pedidos que he podido conseguir, esos caballeros todavía están desayunando. Si yo intentase tal cosa con mi jefe, me ponían en la calle al instante. Quién sabe, por otra parte, si eso no sería muy bueno para mí. Si no tuviese que contenerme por mis padres, ya me habría despedido yo mismo hace tiempo; me habría presentado ante mi jefe y, desde el fondo de mi alma, le habría soltado cuatro verdades. ¡Se habría caído del pupitre!² También es un estilo bien especial, eso de sentarse en el pupitre y hablar desde las alturas con el empleado, que, por si fuera poco, debido a la sordera del jefe, tiene que arrimarse muchísimo. Bueno, la esperanza no está perdida del todo: cuando haya reunido el dinero para pagar la deuda que tienen mis padres con él —faltarán cinco o seis años—, lo hago, eso es seguro. Y entonces vendrá el gran cambio. De momento, sin embargo, tengo que levantarme, pues mi tren sale a las cinco».

Y echó una mirada al despertador, que estaba sobre el armario. «¡Dios bendito!», pensó. Eran las seis y media, y las agujas avanzaban tranquilamente, había pasado incluso la media, eran ya casi menos cuarto. ¿Tal vez no había sonado el despertador? Desde la cama se veía que estaba puesto a su hora, a las cuatro; seguro que también había sonado. Sí, ¿pero era posible seguir durmiendo tranqui-

² Existe, sin duda, una analogía entre la relación de Gregor Samsa con el jefe de la oficina en la que el personaje trabaja, por una parte, y la de Georg Bendemann con su padre, por otra. En *La condena* leemos: «¡así se cayese y reventase!» (p. 119)

lamente sin oír aquel timbrazo que sacudía los muebles? Bueno, su sueño no había sido tranquilo, pero, en cambio, probablemente había sido muy profundo. ¿Y qué iba a hacer ahora? El tren siguiente salía a las siete; para alcanzarlo, tendría que darse una prisa absurda, y el muestrario todavía no estaba en la maleta, y él, desde luego, no es que se sintiera excesivamente activo y despejado. Y aunque lograra coger ese tren, el rapapolvo del jefe no había quien lo evitara, pues el mozo de la empresa habría estado esperando al tren de las cinco y habría dado parte de su ausencia hacía tiempo. Él era un esclavo del jefe, sin entereza, sin raciocinio. ¿Y si dijese que estaba enfermo? Pero eso sería violentísimo y muy sospechoso, pues durante los cinco años de trabajo, Gregor no se había puesto enfermo una sola vez. Seguro que el jefe llegaría con el médico del seguro, le haría reproches a los padres por ese holgazán de hijo y saldría al paso de todas las objeciones escudándose en el médico del seguro, para quien ya se sabe que solo hay gente sana, pero reacia al trabajo. Por otra parte, ¿dejaría de tener razón en tal caso? Gregor, en efecto, fuera de un amodorramiento realmente superfluo después de haber dormido tanto tiempo, se sentía bastante bien y tenía incluso un hambre fuera de lo común.

Mientras hacía apresuradamente todas estas reflexiones, sin poderse decidir a dejar la cama —el despertador daba en ese momento las siete menos cuarto—, llamaron prudentemente a la puerta, que estaba junto a la cabecera de su cama.

—Gregor —oyó; era su madre—, son las siete menos cuarto. ¿No querías tomar el tren?

¡Qué voz tan suave! Gregor se asustó cuando, al responder, oyó su propia voz, que, sin lugar a dudas, era la misma de siempre, pero en la que se mezclaba, como desde lo

más profundo, una suerte de silbido, doloroso e irreprimible, que solo en el primer instante permitía que las palabras conservaran su claridad, pero que, al prolongarse el sonido, las destrozaba de tal manera que no se sabía si se había oído bien. Gregor hubiera deseado responder detalladamente y contarle todo, pero en esas circunstancias se limitó a decir:

—Sí, sí, madre, gracias, ya me levanto.

Debido a la puerta de madera, seguramente no se notó fuera el cambio de voz de Gregor, pues la madre se tranquilizó con esa explicación y se alejó arrastrando las zapatillas. Pero por la breve conversación, los otros miembros de la familia habían advertido que Gregor, en contra de todo lo esperado, aún seguía en casa, y ya estaba el padre golpeando una puerta lateral, débilmente, pero con el puño.

—¡Gregor, Gregor! —exclamó—. ¿Qué pasa? —y al poco tiempo volvió a apremiar con voz más grave—: ¡Gregor, Gregor!

Por la otra puerta lateral, la hermana, en voz baja y quejumbrosa, preguntaba:³

—¿Gregor? ¿No te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

Gregor respondió en ambas direcciones:

—Estoy listo enseguida.

Pronunciando con el mayor cuidado e intercalando largas pausas entre las distintas palabras, se esforzaba por quitar a su voz todo lo chocante. El padre regresó en efecto a su desayuno, pero la hermana musitó:

³ Franz Kafka pidió a su editor que, para la ilustración de *La metamorfosis*, no se reprodujera un escarabajo sino una escena como la que sugiere este pasaje del texto: «Si me permitieran proponerles una ilustración, escogería escenas como esta: los padres y el apoderado delante de la puerta cerrada, o mejor aún, los padres y la hermana en la habitación iluminada, mientras que la puerta que da a la habitación contigua, completamente oscura, está abierta».

—Gregor, abre, te lo suplico.

Gregor, sin embargo, no tenía la menor intención de abrir, sino que le pareció muy buena la prudente costumbre, adquirida en sus viajes, de echar por la noche la llave, incluso en casa, a todas las puertas.

Por lo pronto quería levantarse tranquilamente y, sin que le molestaran, vestirse y sobre todo desayunar, y luego pensar en todo lo demás, pues en la cama, como estaba comprobando, las reflexiones no iban a llevarle a ninguna conclusión sensata. Se acordaba de haber sentido ya otras veces en la cama, quizás por alguna mala postura, un leve dolor, que luego, al levantarse, resultaba ser pura imaginación, y tenía curiosidad por ver cómo se iban disipando poco a poco sus figuraciones de hoy. No le cabía la menor duda de que el cambio de voz no era sino el anuncio de un fuerte enfriamiento, enfermedad profesional de los viajeros.

Quitarse la colcha fue muy fácil. Solo necesitó abombarse un poco y se escurrió por sí sola. Pero lo demás era difícil, sobre todo por ser él tan sumamente ancho. Habría necesitado brazos y manos para incorporarse; en lugar de eso tenía solo las numerosas patitas, que se agitaban sin interrupción en el más variado de los movimientos y que él, además, no podía dominar. Cuando quería doblar una de ellas, lo primero era estirarse; y si por fin conseguía realizar con esa pata lo que quería, todas las demás se agitaban, como liberadas, en una desaforada y dolorosa excitación.

«Lo importante es no quedarse en la cama sin hacer nada», se dijo Gregor.

Primero quiso salir de la cama con la parte inferior del cuerpo; pero esa parte inferior, que, por cierto, él todavía no había visto y de la que no podía hacerse una idea concreta, resultó difícil de mover; los progresos eran lentos, y cuando, por fin, casi fuera de sí, hizo acopio de fuerzas y

sin más miramientos se dio un impulso hacia delante, se había equivocado de dirección, chocó violentamente contra los pies de la cama, y el punzante dolor que sintió le indicó que precisamente la parte inferior de su cuerpo era quizás de momento la más delicada.

Por eso intentó sacar de la cama la parte superior del cuerpo y giró con mucho cuidado la cabeza hacia el borde de la cama. Eso lo logró fácilmente, y no obstante su peso y su anchura, la masa del cuerpo siguió al final el giro de la cabeza. Pero cuando por fin tuvo la cabeza fuera de la cama, en el aire, le entró miedo de seguir avanzando de ese modo, pues si se dejaba caer así, tenía que suceder casi un milagro para que la cabeza no quedase malherida. Y precisamente ahora no debía perder de ningún modo el conocimiento; más valía quedarse en la cama.

Pero cuando, jadeando tras el mismo esfuerzo, se halló tumbado igual que antes, y otra vez vio luchar sus patitas, más violentamente si cabe, unas contra otras, y no encontró posibilidad de poner calma y orden en aquel desconcierto, se dijo otra vez que no podía quedarse en modo alguno en la cama y que lo más sensato era sacrificarlo todo, si así había una mínima esperanza de liberarse del lecho. Pero al mismo tiempo no olvidó recordar de vez en cuando que proceder con reflexión, con la máxima reflexión, era mejor que tomar decisiones desesperadas. En tales instantes volvía los ojos, con la mayor atención posible, hacia la ventana, pero desgraciadamente la niebla matinal, que envolvía incluso el otro lado de la angosta calle, infundía poco ánimo y alegría.

«Las siete ya», dijo para sí cuando el despertador volvió a dar la hora, «las siete ya, y todavía esta niebla». Y durante un ratito siguió echado, respirando débilmente, como si esperase del silencio absoluto el retorno de la situación ló-

ESTUDIO DE LA OBRA

DOCUMENTOS

1

SOBRE EL ARTE DE KAFKA

1.1 Una nueva visión del mundo y de la vida

«El gran truco de Kafka [...] consiste en tomar la realidad cotidiana más conocida, la que a fuerza de conocida parece que no necesita justificar su sentido, dejándola suspendida sobre la nada y el absurdo al descubrir su condición de círculo vicioso en el vacío. Pensamos en esas visiones que nos dan los bombardeos: un comedor burgués, con su papel floreado en las paredes, y su reloj todavía andando, suspendido sobre el hueco de la casa destruida. Esta imagen ya nos hace recordar la más famosa de las narraciones cortas de Kafka, *La metamorfosis*: el empleado que se despierta una mañana convertido en enorme insecto, y que, a pesar de todo, sigue viviendo allí en su cuarto, tolerado resignadamente por la familia, y viendo con sus ojos animales el desarrollo de la vida de siempre.»

José María Valverde, *Historia de la Literatura Universal*, vol. III, Planeta, Barcelona, 1968, p. 317.

«No sé si leisteis en los periódicos, hará un par de años, una noticia sobre un chico y una chica de unos quince años que asesinaron a la madre de ella. Empieza con una escena muy kafkiana: la madre de la chica llega a casa y descubre a la pareja en el dormitorio; el chico golpea a la mujer con un martillo y la saca a rastras. Ya en la cocina, la mujer sigue debatiéndose y gimiendo; y el chico le dice a su novia: "Trae el martillo. Creo que hay que darle más". Pero la muchacha le pasa un cuchillo, y el chico apuñala a la mujer una y otra vez, hasta rematarla... convencidos, quizá, de que están viviendo un tebeo, en

donde una persona ve montones de estrellas y signos de admiración cuando la golpean, lo que no le impide reaparecer en el número siguiente. Pero la vida física carece de un número siguiente, y los chicos tienen que hacer algo con el cuerpo de la madre. “¡Ah, cal, eso la disolverá!”. Naturalmente —maravillosa idea—, meterán el cadáver en una bañera, lo cubrirán de cal, y ya está. Una vez la madre enterrada en cal (que no surte efecto... quizá porque está pasada), el chico y la chica se toman varias cervezas. ¡Qué alegría! ¡Qué delicia! Música enlatada, cerveza enlatada. “Pero no se puede entrar en el cuarto de baño, chicos; está hecho una repugnancia”.»

Vladimir Nabokov, *Curso de literatura europea*, Bruquera, Barcelona, 1983, p. 382.

1.2 La escritura: una incursión en el inconsciente

«¿Qué ocurre con la condición misma de escritor? La escritura es una recompensa dulce y maravillosa, pero ¿de qué? [...] Esta bajada hacia los poderes oscuros, este desencadenamiento de espíritus que por ley natural están sujetos, los abrazos sospechosos y todo lo que pueda ocurrir abajo, de lo que no se sabe nada arriba cuando se escriben historias a la luz del sol.»

Franz Kafka, carta a Max Brod, en Klaus Wagenbach, *Kafka*, Alianza, Madrid, 1970, p. 95.

1.3 Carta de un lector de *La metamorfosis* al autor

«Charlottenburg, 10 de abril de 1917

»Muy señor mío:

»Me ha hecho usted un desgraciado.

»He comprado su *Metamorfosis* y se la he regalado a mi prima. Pero ella no sabe qué pensar del argumento. Mi prima se lo ha dado a su madre, esta tampoco sabe qué pensar. La madre le ha dado el libro a mi otra prima y esta tampoco se aclara.

»Así que ahora me han escrito a mí: que yo les explique la trama. Porque soy el doctor de la familia. Pero yo estoy perplejo.

»¡Señor mío! Yo he bregado con los rusos en las trincheras durante meses y no he pestañado. Pero si se fuese a pique la reputación de que gozo entre mis primas, eso no lo soportaría. Solo usted puede ayudarme. Y tiene que ayudarme; pues usted es quien me ha metido

en el lío. Así que, por favor, dígame lo que mi prima tiene que pensar de la *Metamorfosis*.

»Su muy atento y seguro servidor q.e.s.m.

Dr. Sigfried Wolff.»

En *Franz Kafka: Stationen Seines Lebens und Schreibens* (Catálogo de la Exposición del Servicio de Investigación de la literatura alemana de Praga/Edición crítica de Kafka, Univ. GHS Wuppertal), 1996.

2

INCOMPRENSIÓN Y SOLEDAD

2.1 Gregor, víctima propiciatoria

«Y a Gregor, en la oscuridad de la habitación, a la que no ilumina ningún resplandor de la calle, solo le queda morir. Morir de consunción: desde hace mucho no come. Pero su muerte es también un sacrificio: acepta, inclina la cabeza ante la condena mortal, vuelve a pensar en la familia con conmoción y amor. Como escribe Walter Sokel, es el “chivo expiatorio” que carga con los pecados de los que ama. Es el Cristo que muere para salvar a todos los seres humanos.»

P. Citati, *Kafka*, Versal, Madrid, 1993, pp. 70-71.

2.2 El artista rechazado, la soledad del escritor

«Un tío mío al que le gustaba reírse de la gente acabó cogiéndome la cuartilla [de una novela que había empezado a escribir] que yo apenas sujetaba, le echó una breve ojeada, me la devolvió incluso sin reír y dijo a los otros que le seguían con la mirada: “las bobadas de costumbre”; a mí no me dijo nada. Es cierto que me quedé sentado e inclinado tal como antes estaba sobre mi cuartilla ahora inútil, pero con un empujón me habían expulsado realmente de la sociedad, el juicio de mi tío se repetía dentro de mí con verdadera significación y entonces se me abrió la mirada, incluso en medio del ambiente familiar, a la fría estancia de nuestro mundo.»

Franz Kafka, *Diario*, citado por Klaus Wagenbach, *Kafka*, Alianza, Madrid, 1970, p. 43.

CLÁSICOS UNIVERSALES

La obra de Franz Kafka (1883-1924) ofrece, como pocas, una inquietante imagen de desolación del hombre moderno, huérfano de firmes asideros racionales o religiosos con los que afrontar el mundo y encontrarle un sentido a la vida. De poco vale, en este sentido, la tímida actitud de rebeldía que sus protagonistas adoptan contra el poder omnímodo de la sociedad, ante la cual se sienten desasistidos, solos, alienados, “bichos raros” que acaban por sucumbir, expiando de ese modo un insoportable sentimiento de culpa. Tal sucede en *La metamorfosis*, relato en que (como el resto de los que conforman este volumen) lo absurdo de situaciones o personajes prevalece sobre la “lógica” de la vida cotidiana.

Eustaquio Barjau, catedrático de la Universidad Complutense, ha seleccionado y anotado minuciosamente cuatro de los relatos más representativos de Kafka y, en un espléndido prólogo, ofrece algunas claves para adentrarse en el complejo mundo del escritor de Praga. El volumen se completa con un detallado análisis de los relatos.



ESCANÉAME



MIXTO
Papel | Apoyando la
silvicultura responsable
FSC® C169028

ISBN: 978-84-682-9321-9



1 2 9 2 6

9 788468 293219